
La construcción del “pueblo” en el pensamiento de Ernesto Laclau

Julián Molina y Vedia Grosser*

Introducción

Como lo sugiere el término “razón”, en su libro *La razón populista* Ernesto Laclau¹ examina y ofrece una propuesta integral sobre los requisitos para una lógica general acerca de la formación de las identidades colectivas. Condiciones o circunstancias necesarias que alcanzan su máxima complejidad en la construcción del “pueblo” tal cual el autor entiende esta idea, es decir, como un modo de construir lo político. Esta lógica, lejos de remitirse a un esquematismo apriorístico de tipo kantiano, o incluso a una inversión dialéctica o teleología de tipo hegeliano que explique el devenir histórico, donde los elementos que entran en juego aparecen como definidos de antemano, parte de un enfoque ontológico sobre la constitución de la objetividad social que, al articular dinámicamente un referente heterogéneo, hace inteligible el devenir histórico. Este giro ontológico, fundado tanto en la prioridad del discurso para la construcción de toda objetividad social como en el principio político de hegemonía,² junto a ciertos mecanismos de representación simbólica en su vínculo con lo

afectivo, resulta idóneo, porque establece un marco teórico tendencial frente a lo cambiante, heterogéneo, contingente y no totalizable de la realidad sociopolítica concreta. Lógicas de la equivalencia y la diferencia, significantes vacíos y flotantes, así como el recurso ontológico político gramsciano de hegemonía, explican una amplia gama de fenómenos políticos que se mueven en una heterogeneidad social donde se hace visible, a la vez, el juego democrático, del mismo modo que algunos aspectos relacionados con la representación política.

El despliegue del pueblo

En el libro mencionado, Laclau comienza por abordar un recorrido histórico a través de las principales posturas en torno al tema pueblo. El autor muestra que la literatura existente sobre la idea de pueblo solía tender o bien a la perspectiva de la psicología de masas, haciendo hincapié en los elementos irracionales que harían imposible la consideración de lo popular como una categoría política legítima, o bien, en el mejor de los casos, a paradigmas funcionalistas o estructuralistas que le dan a lo social una estructura lógica rígida y establecida de antemano. Laclau, en cambio, recupera distintas vertientes acerca del tema con el fin de ofrecer un esquema teórico que dé respuesta, desde un nivel conceptual más complejo, a las interrogantes surgidas en torno a la cuestión, ya sea desde la psicología o bien desde la sociología. Incluso las metodologías individualistas liberales modernas se

* Profesor de Epistemología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Estudia Filosofía Política en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

¹ Laclau, teórico político frecuentemente definido como [postmarxista](#), es profesor de la [Universidad de Essex](#), donde ejerce la cátedra de [Teoría política](#), dirige el programa de [ideología](#) y [análisis discursivo](#). Ha presentado numerosas conferencias en universidades de Estados Unidos, América Latina, Europa Occidental, Australia y Sudáfrica. Su obra hasta hoy más importante es *Hegemonía y Estrategia Socialista*, que escribió junto con [Chantal Mouffe](#). Ambos estuvieron involucrados en los movimientos sociales y estudiantiles de los 60s donde confluyeron la clase obrera con nuevos movimientos sociales. Rechazaron el determinismo económico la noción de que la lucha de clases es el [antagonismo](#) crucial en la sociedad. A cambio, postularon la democracia radical y el pluralismo agonal en el que todos los antagonismos puedan ser expresados. En su opinión "...una sociedad sin antagonismos es imposible", por lo que declararon que "la sociedad no existe". Ernesto Laclau, "Deconstrucción, Pragmatismo y Hegemonía", en *Deconstrucción y Pragmatismo*, Chantal Mouffe (comp.), Buenos Aires, Paidós, 1998; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, [1985], Buenos Aires, FCE, 2004.

² Antonio Gramsci desarrolla el concepto de hegemonía que ya había sido trabajado por Lenin, aunque en un sentido mucho más restringido, como "alianza de clases". La hegemonía es, para Gramsci una particularidad del todo social que asume la representación de la totalidad en un "bloque histórico" siempre cambiante. Con su caracterización sobre la hegemonía Gramsci inicia una nueva ontología política que supera el ideologismo y clasismo simplista asumido por vertientes predominantes de la tradición marxista; el dinamismo de lo político en su complejidad se torna, de ese modo, inteligible (véase *Hegemonía y sociedad*, p. 101).

vuelven más claras a la luz de la propuesta teórica del filósofo argentino, desde el momento en que distingue entre demandas equivalenciales y democráticas, donde el interés político estrictamente liberal puede ser integrado como parte de una demanda también popular.

Con el fin de establecer una nueva ontología política y lo que, en mi opinión, es una especie de esquematismo trascendental -aunque no rígido, ni a priori, ni totalizante-³ Laclau divide la unidad del grupo, tal como la presentaba la sociología, en unidades menores que son las demandas sociales. La unidad del grupo está dada por la articulación entre las demandas en lo que el autor considera cadenas equivalenciales y diferenciales vinculadas a un “significante vacío” y luego un significativo flotante que aparece como exceso semántico representando una totalidad ausente que es la unidad del pueblo, unidad deseada pero nunca definitivamente lograda. Las demandas, tal como las entiende el filósofo, no son objetos dados de antemano sino que adquieren su particularidad en el juego de las diferencias en una estructura que forma y es formada, a la vez, por ese juego de diferencias constitutivo de la realidad social. Las cadenas equivalenciales, que forman una totalidad cambiante (ausente, como explicaré más adelante), a pesar de que están constituidas por elementos heterogéneos, se estructuran dinámicamente a partir de la nominación.⁴ La nominación, al igual que los recursos discursivos retóricos, depende de elementos afectivos en la elección de una parcialidad representativa de la totalidad. Esa totalidad, que se constituye como un todo social imposible en un conjunto de demandas equivalenciales unidas por una nominación, forman un pueblo que se define en función de un antagonismo ante el sistema vigente.

Puesto que cada demanda, en su insatisfacción (pero siempre como diferencia frente a otras demandas), implica un reclamo al orden

establecido, forma una cadena con otras demandas diferentes, pero que tienen en común la insatisfacción con el orden vigente y la búsqueda, nunca completamente realizada, de una nueva totalidad. La cadena de demandas no puede constituirse plenamente como una totalidad en tanto se encuentra fuera del sistema. La nominación, que supone la construcción antagónica de una totalidad referida a la ausencia de totalidad, recurre a la nominación por la que una parte significativa asume el rol de representación de una totalidad imposible, que es lo que Laclau llama opacidad de la idea de pueblo y que es un significativo vacío.

Lo afectivo adquiere un papel central en este punto de la articulación de la lógica equivalencial de cadenas constitutivamente heterogéneas. Laclau se sirve aquí de toda la tradición psicoanalítica, desde Sigmund Freud hasta Jaques Lacán, para explicar los elementos libidinales de la formación discursiva en la nominación. Este supuesto ontológico lleva a considerar el lazo social como resultado de una fundación mítica del pueblo.

Sin la formación de un pueblo, tal como Laclau define esta categoría, no sería posible abordar el tema de lo democrático y por lo tanto de lo político en su relación con el devenir social, y ya no únicamente partidario institucionalizado o como administración pública, sino desde las instancias de la sociedad civil, sus demandas y movimientos. Laclau se refiere a la relación entre la política y la construcción de la subjetividad popular como elementos ligados intrínsecamente, y lo expresa del siguiente modo:

Afirmar que lo político consiste en un juego indecible entre lo “vacío” y lo “flotante”⁵ equivale, entonces, a decir que la operación política por excelencia va a ser siempre la construcción de un “pueblo”.⁶

Igualmente, describe la formación de la subjetividad popular y, por lo tanto, la insuficiencia de herramientas teóricas estrictamente conceptuales,

³ Puesto que el nombre del libro sugiere una paráfrasis frente a las dos primeras “Críticas” kantianas.

⁴ Laclau adopta y se sirve del paradigma lingüístico nominalista donde la unidad del objeto no está dada de antemano, sino que adquiere realidad a partir de su denominación conceptual.

⁵ Los conceptos de significativo vacío y flotante son recursos de análisis provenientes del análisis del discurso y como tales son aplicables, según Laclau, a la construcción de la objetividad social en general.

⁶ Laclau, Ernesto, *La razón populista*, México, FCE, 2005, p.192.

como condición ineludible para el juego democrático plural, puesto que:

Todos los componentes están allí: el fracaso de un orden puramente conceptual para explicar la unidad de los agentes sociales; la necesidad de articular una pluralidad de posiciones o demandas a través de la nominación, dado que ninguna racionalidad a priori lleva a esas demandas a unirse en torno a un centro; y el rol principal del afecto en la cementación de esa articulación. La consecuencia inevitable: la construcción de un pueblo es la condición *sine qua non* del funcionamiento democrático. Sin la producción de vacuidad no hay pueblo, no hay populismo, pero tampoco hay democracia.⁷

La construcción populista de la política, según Laclau, no sólo es un punto de referencia para el estado democrático, sino que es el supuesto de todo principio político real, entendido dentro de un sistema de eticidad, por usar una expresión hegeliana, donde el derecho y lo institucional son también una expresión de la realidad social.

En *La razón populista* Laclau se aboca a la tarea de elaborar un marco teórico que permita aprehender el devenir social como algo constitutivamente contingente, evitando el fundamento de un esquema conceptual a priori que limitaría el posterior análisis a categorías lógicas rígidas. Por el contrario, Laclau decide establecer un conjunto de fundamentos metodológicos que le permiten aprehender el dinamismo y la complejidad de lo político, y en este sentido su trabajo se centra, entre otras cosas, en el análisis del discurso, al que considera como constitutivo de toda objetividad social. Asimismo, la noción de hegemonía heredada de Gramsci está en presente como un supuesto ontológico político fundamental. Dentro del marco de la construcción discursiva del pueblo, en su dimensión no únicamente lógico-conceptual sino también afectiva, recurre igualmente a teorías psicoanalíticas como las de Freud y Lacán que le permiten adentrarse en el nivel de las emociones. Al

vincularlo dinámicamente con una caracterización formal de la política, le posibilitan volver inteligible el devenir político y social, en lo que Laclau considera una articulación constitutiva entre niveles conceptuales y no conceptuales, es decir, simbólicos, retóricos o afectivos, para el análisis.

Según Laclau, el populismo no tiene que ver con la expresión peyorativa del término, la cual se remite más bien al carácter demagógico de ciertas políticas. No solamente es un intento por incluir la formación del pueblo como un elemento político, sino la audaz propuesta de que no hay posible política sin la formación del pueblo. Pensar de otra manera equivaldría a “la afirmación de que la gestión de los asuntos comunitarios corresponde a un poder administrativo cuya fuente de legitimidad es un conocimiento apropiado de lo que es la ‘buena’ comunidad”⁸ lo que según el autor ha sido la constante a través de toda la filosofía política desde Platón. A pesar de que mucho se ha hablado de la importancia del juego democrático y del estado en sentido amplio, como resultado del conjunto de la vida ética, el pueblo como tal siempre ha sido vinculado a un exceso peligroso para cualquier intento de definición racional. Laclau, por el contrario, no niega la dimensión no racional y afectiva del pueblo sino que lo integra a un nivel de análisis más complejo. Este aspecto de lo popular aparece en el contexto del análisis de la formación discursiva como constitutivo de toda objetividad social y condición que permite explicar no sólo la emergencia del pueblo sino, igualmente, toda formación colectiva, comenzando por lo político. Los fenómenos que motivan la apreciación, a partir de la psicología de masas, acerca de la multitud como una multitud irracional, donde los individuos perderían su capacidad crítica, donde se borran las diferencias en pro de una masificación o totalitarismo autoritario, por ejemplo en torno a un líder narcisista (por decirlo en términos freudianos), etc., hechos todos que resultarían inasimilables para una lógica política, son articulados por Laclau desde una nueva ontología

⁷ *Ibidem.*, p. 213.

⁸ *Ibidem.*, p. 10.

política que gira en torno a la idea de hegemonía y es inherente a la formación de toda identidad social, incluyendo la política.

Puesto que lo que se intenta aquí es una lógica general (o crítica de la razón populista) de la emergencia de identidades, Laclau va a usar la categoría de pueblo para referirse a muchos fenómenos que tradicionalmente no se consideraban expresiones populistas, o pertenecientes a la emergencia de un pueblo. Justamente porque aquí pueblo se refiere siempre a una totalidad que sólo se puede manifestar por su ausencia y necesidad, es que es que se trata de una totalidad imposible. El pueblo no tiene un referente último predeterminado, sino que es una realidad que se define de manera diferente a medida que se construye a sí misma. Para Laclau, el populismo es un modo de construir lo político, tanto que la política no sería concebible sin el mecanismo que hace posible la construcción del pueblo en la unidad siempre inalcanzada de lo heterogéneo.

Este punto de partida ontológico es el resultado de tomar seriamente y sin prejuicios el tema de la construcción del pueblo, más allá de otras interpretaciones que tienden a concebir lo popular como una expresión irracional de una masa acrítica. El autor muestra que el tema del populismo se había tratado la mayoría de las veces desde una perspectiva psicológica que tendía a hacer hincapié en los rasgos irracionales de los fenómenos de masas, elemento que, por lo demás, Laclau recupera como parte de su análisis, al atribuirle a la formación del pueblo un rasgo de “exceso”. En este sentido comienza haciendo una reconstrucción histórica del tema y afirma:

Un rasgo característico persistente en la literatura sobre el populismo es la reticencia –o dificultad- para dar un significado preciso al concepto. La claridad conceptual –ni que hablar de definiciones- está visiblemente ausente de ese campo. En la mayoría de los casos, la comprensión conceptual es reemplazada por la invocación a una institución no verbalizada, o por enumeraciones descriptivas de una variedad de “rasgos relevantes” –una relevancia que es socavada, en el

mismo gesto que la afirma, por la referencia a una proliferación de excepciones-(...).⁹

Laclau no sólo define la formación de la identidad popular como una categoría política, sino que su análisis de la relación dialéctica entre cadenas diferenciales y cadenas equivalenciales muestra claramente cómo la constitución de un pueblo es condición indispensable para la legitimidad democrática, tanto en el sentido participativo como en el estrictamente liberal o puramente representativo.

El partir de la heterogeneidad como constitutivo indeterminado, no como un núcleo último que sería homogéneo, sino como una heterogeneidad irreductible pero a la vez articulada a partir de un significante vacío, primero, y luego flotante, permite, junto con el desplazamiento de la categoría de grupo a la de demanda, hacer inteligible lo político contingente en sus múltiples manifestaciones, que incluyen el terreno económico, aunque también el cultural, entre otros campos, de modo que elude cualquier interpretación substancialista acerca de una supuesta última instancia determinante de la identidad política popular, ya que en este caso tal identidad estaría dada a priori.

El concepto peyorativo de pueblo como masa acrítica

Laclau comienza su estrategia argumentativa con un recuento histórico acerca de las distintas estrategias discursivas con que se había intentado abordar el tema del populismo y las que, según el autor, debido a que se mueven en un supuesto tácito de desestimación o degradación del pueblo en tanto fenómeno político, les resulta imposible elaborar un marco teórico capaz de aprehender la noción de “pueblo” como modo legítimo de construir el vínculo político. Lo que para él y, según su concepción acerca del populismo, es un elemento crucial de “lo político” como tal. Un ejemplo de esta “denigración” del concepto de pueblo a que hace referencia Laclau es la

⁹ *Ibidem*, p.15.

tendencia generalizada a considerar el concepto de pueblo de un modo tan difuso que ya no es posible distinguir si se habla de un populismo de derecha o de izquierda, autoritario o dependiente de un liderazgo carismático, entre otros. Para ello realiza un recorrido por algunas de las caracterizaciones que sobre el tema se habían realizado mostrando la ambigüedad que subyace cuando se trata del tema, puesto que “en este punto quedamos con las alternativas poco aceptables que hemos revisado: o bien restringir el populismo a una de sus variantes históricas, o intentar una definición general que siempre va a ser limitada.”¹⁰ Justamente la imprecisión del concepto, la abundancia de excepciones a que habían estado expuestas las distintas definiciones de pueblo son elementos que Laclau no pasa por alto ni evade, sino respecto de los cuales se obliga a ofrecer una respuesta que explique lo popular. El hecho mismo de su indefinición, así como su relación con funciones retóricas del lenguaje (metáfora, metonimia, sinécdoque, catacresis), entre otras referencias críticas al populismo, son objeto de la reflexión tomados por el autor como elementos claves en su análisis y aparecen perfectamente aclarados en un nivel teórico más complejo cuyo dinamismo se vuelve entonces inteligible. Así mostrará, a través de su caracterización teórica, que es, justamente, entre otros factores, el carácter dinámico y contingente de lo político, y el modo peculiar de su construcción hegemónica, lo que fue capaz de generar toda aquella serie de concepciones peyorativas del concepto de pueblo y del pueblo mismo. Con la deducción de una “razón populista” se propone, por lo tanto, aclarar y a la vez superar aquellas sospechas. Es en tal sentido que el autor declara que:

Un primer paso para apartarnos de esta denigración discursiva del populismo no es cuestionar las categorías utilizadas en su descripción –‘vaguedad’, ‘imprecisión’, etcétera-, sino tomarlas en sentido literal, pero rechazando prejuicios que están en la base de su desestimación. Es decir, en lugar de contraponer la “vaguedad” a una lógica política madura dominada por

un alto grado de determinación institucional precisa, deberíamos comenzar por hacernos una serie de preguntas más básicas: “la “vaguedad” de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social?” y en ese caso, “¿no sería el populismo, más que una tosca operación política e ideológica, un acto preformativo dotado de una racionalidad propia, es decir, que el hecho de ser vago en determinadas situaciones es la condición para construir significados políticos relevantes?”¹¹

Es a partir de esta caracterización del populismo que Laclau llega a la conclusión de que la construcción del pueblo “constituye más bien una dimensión constante de la acción política, que surge necesariamente (en diferentes grados) en todos los discursos políticos, subvirtiendo y complicando las operaciones de las ideologías presuntamente ‘más maduras’”.¹²

Con el fin de aclarar el tema a partir de sus antecedentes teóricos, Laclau comienza su exposición ofreciendo un panorama acerca de lo que se ha dicho al respecto desde autores como Hippolyte Taine, en que el pueblo representa lo irracional de las multitudes que no puede ser sistematizado en una figuración racional política, o las teorías acerca de la psicología de masas de la tradición francesa o italiana de mediados del siglo XIX que manejan enfoques como el de la psicología mórbida, los fenómenos de hipnotismo por el que se forma una masa emocionalmente manipulada, la caracterización del criminal en Cesare Lombroso, por ejemplo, o la hipnosis y criminología en la psicología de las masas según la psiquiatría francesa de fines del siglo XIX. Todas estas concepciones, aunque constituyen una “denigración de las masas” de acuerdo con la expresión del autor, que no da razón de la formación de la identidad popular, tanto cultural como política, son criticadas pero, a la vez, subsumidas por Laclau como elementos a los que su propuesta teórica deberá responder y responde satisfactoriamente.

¹⁰ *Ibidem.*, p.32

¹¹ *Ibidem.*

¹² *Ibidem.*, p. 33.

El primer capítulo de Laclau comienza comentando aportes como los de Gabriel Tarde, Gustave Le Bon, Jean Martin Charcot, los primeros psicólogos que tocaron el tema de las masas al descalificar, por ejemplo, la Comuna de París en 1870 (toda la tradición psicológica sobre el tema de las masas revisada a partir de la página 55). Allí el pueblo se reduce a una masa que responde a impulsos irracionales en los que se pone de manifiesto la temática de lo semimístico, la hipnosis, la sugestión hipnótica, la convulsión social y la guerra civil, o el entusiasmo como culto a la nación, la religión y la guerra exterior entre naciones. Distintas corrientes científicas como algunas aparecidas en Italia, que hacen hincapié en el carácter ancestral de la Revolución Francesa, sobre estudios de antropología criminal en Lombroso, o la sociedad de masas vista como un sitio donde prima lo emotivo sobre lo racional en la identificación con líderes carismáticos a partir de supuestos como la omnipotencia y la sugestibilidad, entre muchos otros que menciona Laclau, desfilan en un recuento suficiente para ilustrar el conjunto de su argumentación.

Esta gama de análisis de comportamientos colectivos fue -a juicio del autor- la única contribución a la teoría de masas como comprensión del actor social y la acción social que se había aportado principalmente antes de Sigmund Freud. Laclau insiste en el hecho de que no logra dar cuenta del fenómeno pueblo en toda su complejidad porque comienza por un desprecio de lo popular, haciendo principalmente una distinción entre lo normal y lo patológico. Para Laclau, es necesario, por el contrario, elaborar una propuesta teórica sobre el pueblo que pueda ser articulada con una teoría global de la política.

A su juicio, la *Psicología de masas y análisis del yo*, de Freud, constituye una revolución científica que supera la anterior tradición acerca del tema de la psicología de masas. La descripción de la dinámica libidinal como energía afectiva y sexual subyacente en la constitución del “yo” en tanto génesis de la subjetividad humana, en el contexto de la teoría freudiana del Complejo de Edipo, sirve para pensar el

lazo social de un modo más fecundo. La relación entre el líder idealizado y la masa frustrada se explica ahora en términos de una transferencia libidinal que tiene origen en el modo de identificación infantil. Laclau, como otros pensadores contemporáneos, recoge toda la tradición psicoanalítica que posteriormente se desarrolla y alcanza una mayor profundidad en la concepción lacaniana acerca de lo simbólico, muy presente también en Slavoj Žižek y en Paul Ricoeur, entre otros. Esto no implica una simple transposición de las categorías psicoanalíticas al campo de lo político-social o filosófico, sino que, al igual que el análisis del discurso y el uso retórico del lenguaje, el psicoanálisis ofrece aquí principios ontológicos que describen la constitución de la objetividad, y que pueden ser empleados para explicar lo social en un contexto completamente distinto. En tal sentido y con relación al aporte de Freud en el campo de la psicología social, Laclau expresa que:

Apelar a la libido como categoría clave para explicar la naturaleza del vínculo social. Éste sería un vínculo libidinal y, como tal, estaría relacionado con todo lo referido al amor sexual, pero el psicoanálisis nos ha demostrado que no deberíamos separar el amor sexual de, “por un lado, el amor a uno mismo, y por otro, el amor a los padres e hijos, a los amigos y a la humanidad en general, y también la devoción a objetos concretos e ideas abstractas”.¹³

El aporte freudiano se muestra en *Psicología de masas y análisis del yo* (1921), psicología individual y psicología social con “una descripción de los lazos libidinales que operan en la Iglesia y el Ejército, que, por un lado, vinculan a los miembros de estas instituciones entre sí y, por el otro, a todos ellos con sus líderes –Cristo o el comandante en jefe-”¹⁴ La incursión de Freud en el tema muestra el intento por describir lo colectivo en un ámbito organizado como son la iglesia y el ejército y comienza por discernir entre pulsión social y pulsión narcisista. La idea de narcisismo se puede aplicar a diferentes aspectos del

¹³ *Ibidem.*, p.76.

¹⁴ *Ibidem.*

vínculo social y como narcisismo en el terreno de la psicología individual del líder del grupo. Freud aclara allí la distinción entre pulsión social y pulsión narcisista en diferentes niveles de vínculo: familiar, grupal y social. El narcisismo se manifiesta en el terreno de la psicología individual en el papel del líder grupal. Los dos modelos de agrupamiento social que aparecen son el basado en la organización y el que se explica por su vínculo libidinal con el líder. No constituyen distintos grupos sino lógicas sociales diferentes que abarcan todos los grupos sociales frente al dirigente despótico y narcisista. Todas estas concepciones, aunque un poco menos acentuadamente en la de Freud, remiten al populismo a una “historia de la constitución y disolución de la frontera social que separa lo normal de lo patológico”¹⁵ como parte de “una matriz sobre la cual se organizó una perspectiva general sobre fenómenos políticos aberrantes, que incluían al populismo”.¹⁶ La acción de masas se reducía así a hecho puramente psicológico, donde la homogeneización implicaba la anulación de toda jerarquía o diferenciación en un trastorno del orden social.

Gabriel de Tarde incorpora la distinción entre multitudes y público, que implica una homogeneización de la equivalencia en la imitación y la aproximación a un orden social, respectivamente. Williams McDougall, por su parte, distingue entre multitud como voluntad colectiva que se identifica con un objeto común y grupo organizado. Freud aporta la totalización sobre el supuesto general de la dinámica libidinal en la distancia entre el yo y el yo ideal, en la identificación de la masa con el líder carismático.

Demandas y cadenas equivalenciales

La unidad del grupo está dada por la articulación entre demandas en el contexto de una lógica política hegemónica, a partir de lo cual el autor considera cadenas equivalenciales y diferenciales en torno a la representación de un significante vacío que

es, en realidad, flotante en toda su complejidad y dinamismo. Estas cadenas equivalenciales, que forman totalidades cambiantes, a pesar de que son irreductiblemente heterogéneas, se estructuran a partir de la nominación que asume una parcialidad. La elección de una parcialidad que da nombre, y que constituye ontológicamente, a un todo social imposible frente a la frontera fluctuante del antagonismo sociopolítico, es lo que remite a elementos de tipo afectivo en la elección de una parcialidad que funciona como significante vacío.

Puesto que cada demanda en su insatisfacción (aunque siempre como diferencia frente a las demás demandas), implica un reclamo al orden establecido, forma una cadena con otras demandas diferentes pero que tienen en común la insatisfacción ante el orden vigente y la búsqueda, nunca completamente realizada, de una nueva totalidad. La cadena de demandas no puede constituirse plenamente como una totalidad en tanto se encuentra, en parte, fuera del sistema. La nominación, que supone la construcción antagónica de una totalidad referida a la ausencia de totalidad, recurre a la nominación, por la que una parte significativa asume el rol de representación de una totalidad imposible debido a su heterogeneidad, puesto que está formada por demandas diversas entre sí y en ocasiones contradictorias entre sí, pero que forman su frontera dentro del antagonismo que suponen, en tanto demandas insatisfechas, aunque siempre distintas unas de otras. La articulación de una diversidad heterogénea es lo que las lógicas estructuralistas o funcionalistas no logran explicar puesto que parten de un esquema lógico predeterminado y consecuentemente inadecuado al hecho histórico político en su dinamismo y complejidad, que lo hacen imprevisible. Igualmente, el afecto adquiere un papel central en este punto de la articulación de la lógica equivalencial de cadenas irreductiblemente heterogéneas. Laclau se sirve aquí de la tradición psicoanalítica explicar los elementos libidinales de la formación discursiva, y por lo tanto ontológica, del lazo social, y explica por qué las interpretaciones psicologistas hacían hincapié en el nivel afectivo de la cohesión social de la masa.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 35.

¹⁶ *Ibidem*

La parcialidad que representa la *plebs*, es decir los pobres (posteriormente también los marginados cumplirán una función de exterioridad sistémica) en tanto sector formado, a su vez, por una complejidad de demandas, actúa como un símbolo del todo, del mismo modo que la figura retórica del oximoron toma una cualidad como designación del todo; así, el pueblo en su totalidad aparece representado por un conjunto formado a partir de la insatisfacción de las demandas como antagonismo frente al sistema vigente. La parcialidad se convierte en un símbolo de la totalidad y sólo al recibir su nombre es que surge como totalidad, una totalidad siempre incompleta. La parcialidad debe ser ónticamente definida por una demanda específica, pero no se manifiesta ontológicamente sino sólo simbólicamente como un nombre del todo, un todo que es nombrado mediante un significante vacío. Una demanda encarna la plenitud ausente de la comunidad mediante una cadena de equivalencias abierta en su extensión semántica. Este proceso de representación de la parte por el todo es lo que Laclau llama “investidura” y funciona de modo similar a la operación hegemónica que describe Gramsci en la formación de un bloque histórico en el poder.

En cualquier parcialidad debe estar presente la universalidad que le da sentido, pero esa universalidad no debe borrar aquello que hace diferente a la parcialidad porque ello significaría la imposibilidad de una cadena equivalencial. Si se homogeneizan las demandas lo que se produce no es un pueblo en el sentido político que propone Laclau, sino, ahora sí, una masa unida meramente por lazos emocionales ante un líder o una idea. La función ontológica del objeto parcial que asume el lugar de significante vacío no puede ser reducida a su contenido óntico, es decir a lo que es como diferencia específica entre otras demandas insatisfechas. Lo que hace que una parcialidad represente al todo no es lo que esa parcialidad es en sí, sino sólo el hecho de que es una demanda insatisfecha más frente al sistema político. Esa función ontológica, sin embargo, sólo se produce si está ligada a un contenido óntico concreto pero que permanece particular y diferente, que debe

ser diferente para cumplir su función. Es por esto que el sentido democrático del pueblo, entendido de esta manera, no desaparece, si se entiende por democrático un juego intrínseco de diferencias insalvables.

Lejos del tradicional determinismo de las concepciones marxistas predominantes e el siglo XX, el devenir de la historia es para Laclau, más bien “una sucesión discontinua de formaciones hegemónicas que no puede ser ordenada de acuerdo con ninguna narrativa universal que trascienda su historicidad contingente”. Es por esto que Laclau niega la disyunción entre revolución total y reforma gradualista en la política, porque ambos polos niegan la posibilidad de que una parcialidad se convierta en el nombre de una totalidad imposible, que es el “objeto *a*” lacaniano y que es lo que hace inteligible el carácter irreductiblemente contingente de lo político desde una lógica hegemónica. En la página 281 de la obra comentada el autor expresa que:

Si la unidad de los actores sociales fuera el resultado de un vínculo lógico que subsumiría todas sus posiciones subjetivas bajo una categoría conceptual unificada, la “nominación” sólo implicaría la elección de un rótulo arbitrario para un objeto cuya unidad estaría asegurada por medios diferentes, puramente apriorísticos. Sin embargo, si la unidad del agente social es el resultado de una pluralidad de demandas sociales que se unen por relaciones equivalenciales (metonímicas) de contigüidad, en ese caso, el momento contingente de la nominación tiene un rol absolutamente central y constitutivo. La categoría psicoanalítica de “sobredeterminación” apunta en esa misma dirección.¹⁷

La postura nominalista es otra de las decisiones metodológicas que asume Laclau y que lo van a llevar a todo el campo de lo afectivo en la elección del significante vacío como equivalencia de una totalidad ausente; y ello por la misma razón de que en el uso metafórico y simbólico del lenguaje no habría significación sin el componente afectivo, que es una de sus condiciones de posibilidad.

¹⁷ *Ibidem.*, p. 281.

En la relación que Laclau describe entre los mecanismos de nominación y contingencia la construcción de lo social como dinamismo contingente se vuelve inteligible. Esto se hace posible debido a que evita, de este modo, partir de un vínculo lógico que subsumiría todas las posiciones subjetivas bajo una categoría conceptual totalizadora a priori. En tal relación, la nominación se refiere a una totalidad ausente y, de hecho, imposible, además de que, como explica posteriormente Laclau, estas cadenas equivalenciales operan, en realidad, como significantes flotantes desde la exclusión radical de quienes se encuentran marginados del sistema. Esta operación no puede implicar un principio conceptual apriorístico sino una orientación tendencial pero que hace inteligible la formación de la objetividad social. La unidad del agente social se da como resultado de una pluralidad de demandas que se unen mediante relaciones equivalenciales metonímicas y por contigüidad.¹⁸ Puesto que la nominación como tal es contingente, y está condicionada por elementos afectivos, tiene un rol central y constitutivo en el surgimiento del nuevo actor social pueblo. Sus límites varían permanentemente. Laclau pone como ejemplo de esta fluctuación el caso de Irak donde la identidad popular como nacionalismo surge a pesar de las diferencias entre sunnitas y shiitas lo que muestra claramente el carácter maleable y contingente de las identidades sociales en general.

El afecto cumple un papel fundamental en el proceso de nominación, pues el hecho de que un elemento parcial se convierta en símbolo de una totalidad ausente no puede estar determinado por un mecanismo lógico dado de antemano; lo mismo sucede en la elección del sentido de la metáfora. En el uso retórico, metafórico y simbólico del lenguaje el afecto explica los mecanismos de sustitución que ocurren por una asociación libre y que es condición de significatividad. En el análisis de las identidades populares son aplicables los mismos mecanismos

sustitutivos y equivalenciales que valen para el lenguaje, puesto que la discursividad es, para Laclau, el paradigma que muestra los mecanismos por los cuales se constituye todo objeto social. Es por esto que la relación entre significación y afecto, que está presente en el uso del lenguaje, opera de modo semejante en la constitución de las identidades populares. Esto no implica reducir todo hecho social a un fundamento meramente lingüístico ni tampoco únicamente afectivo o irracional, sino que lo afectivo aparece como indisociable de una lógica más amplia que explica tanto el lenguaje como lo social.

Para Laclau, la heterogeneidad no es únicamente una pluralidad, porque esta pluralidad está estructurada a partir de una necesidad no satisfecha, de una unidad “fallida”, o totalidad ausente, que la estructura, no como algo dado sino como algo inalcanzado y a la vez inalcanzable. El significante vacío le da cohesión a la identidad colectiva, cuyos límites no están establecidos por ninguna superestructura predeterminada, sino que es resultado del juego mismo de las contradicciones entre demandas sociales y éstas, a su vez, como cadena equivalencial frente al papel antagónico donde el *populus* tiende a identificarse con la *plebs*. El autor describe la relación entre la lógica de la diferencia y la equivalencia del siguiente modo

Si tenemos un conjunto puramente diferencial, la totalidad debe estar presente en cada acto individual de significación; por lo tanto, la totalidad es la condición de la significación como tal. Pero en segundo lugar, para aprehender conceptualmente esa totalidad, debemos aprehender sus límites, es decir, debemos distinguirla de algo *diferente* de sí misma. Esto diferente, sin embargo, sólo puede ser otra diferencia, y como estamos tratando con una totalidad que abarca *todas* las diferencias, esta *otra* diferencia –sería interna y no externa a esta última, por lo tanto, no sería apta para el trabajo totalizador. Entonces, en tercer lugar, la única posibilidad de tener un verdadero exterior sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más, neutral, sino el resultado de una *exclusión*, de algo que la totalidad expele de sí misma a fin de constituirse...

¹⁸ Laclau nunca quita el dedo del renglón acerca de lo dicho por los psicólogos sociales en cuanto al nivel afectivo de la construcción del pueblo. Su propuesta teórica, sin embargo, logra dar cuenta del juego político legítimo en el pueblo y supera la noción de masa patológica.

Sin embargo, esto crea un nuevo problema: con respecto al elemento excluido, todas las otras diferencias son equivalentes entre sí –equivalentes en su rechazo común a la identidad excluida... Pero la equivalencia es precisamente lo que subvierte la diferencia, de manera que toda identidad es construida dentro de esta tensión entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia... Lo que tenemos, en última instancia, es una totalidad fallida, el sitio de una plenitud inalcanzable.¹⁹

Allí aparece la exclusión antagónica del *plebs* frente al poder y su papel hegemónico que forma un *populus*, es decir, la *plebs* representa a la totalidad de un pueblo, i.e. “el pueblo argentino”,²⁰ que es una totalidad nunca realizada plenamente, que aparece como su propia ausencia y que está representada de manera abstracta por esa cadena de demandas que forman un conjunto (deseo, en realidad, de constituir un conjunto) heterogéneo y equivalencial a la vez. De esto se deriva que lo común del rechazo antagónico de la *plebs* se estructura a partir de la diferencia concreta aunque vacía; vacía en tanto representación de la totalidad. Esta operación es la que caracteriza la construcción de su identidad y su significación.

Comentarios o críticas como la indeterminación en cuanto al carácter de las demandas, si estas son de tipo socialista o únicamente de justicia social, o el hecho de que el populismo sea visto siempre como un choque indeseable de grupos enfrentados a grupos privilegiados, son un conjunto de concepciones sobre populismo que Laclau considera como discriminatorias del carácter político de la formación del pueblo. Su esquema teórico permite comprender también de qué modo se forman cadenas equivalenciales en un populismo de derecha, como el del *New Deal* norteamericano, o en las demandas liberales democráticas.

Esta heterogeneidad que, según Laclau, es condición ineludible para toda política, está formada por objetos sociales, a su vez, constituidos por conjuntos de demandas específicas (no por grupos

que después tienen demandas). Las demandas parciales pasan a representar simbólicamente un conjunto de demandas diferentes entre sí, pero igualmente insatisfechas, contenidas en una totalidad frente a un antagonismo común. La capacidad de una parte para representar al todo no está dada por ningún elemento previo, sino que es contingente y se mueve en términos de articulación y hegemonía.

Laclau critica la tendencia racionalista contemporánea de las ciencias sociales, tanto en las corrientes estructuralistas como en las demás, puesto que se limitarían, según el autor, al mero cálculo gramatical o lógico.

Por otra parte, para Laclau el surgimiento de una nueva formación hegemónica no está ligada de un modo lineal a lo anteriormente establecido, sino que surge, por un lado, como una configuración completamente nueva e inconmensurable con las anteriores, y por otro lado, como un orden donde antes había caos, aunque visto esto desde la perspectiva del nuevo paradigma o de la nueva hegemonía constituida. Es una nueva totalidad que además no opera según una lógica previamente existente. Laclau compara estos mecanismos con algunas categorías psicoanalíticas como el *passage à l'act* de Lacan en su estudio acerca de la ética de lo real. El acto de la libertad no puede excluir de antemano una ruptura radical con lo ya establecido institucionalmente. El desarrollo histórico político no se limita a la mejora o la reforma sino que puede implicar una transformación radical imposible de evaluar en términos de una lógica previa. El pueblo como nuevo actor histórico no se erige ni surge de una simple necesidad lógica; es una “nueva configuración constitutiva y no derivativa”, un *acto* en sentido fuerte, un acto auténticamente libre. Esto implica definitivamente una trasgresión respecto de la situación precedente.

Laclau aplica este esquema de análisis a la sociedad globalizada, donde la complejidad de las relaciones sociales va más allá de la preponderancia estructural de determinaciones económicas, políticas, militares, tecnológicas y otras, siendo que, por el contrario, todos estos aspectos entran en una relación

¹⁹ *Ibidem.*, p.94.

²⁰ Que es invocado en un pasaje de su himno nacional en el verso que dice: “...y los libres del mundo responden: al gran pueblo argentino ¡salud!”

compleja sin última instancia.

Significante vacío y significativo flotante en la construcción hegemónica

Los principios metodológicos que asume Laclau en su investigación sobre la construcción de las identidades populares, donde el uso retórico y simbólico del discurso es parte fundamental, implican, a su vez, dos supuestos: “1) que la vaguedad y la indeterminación no constituyen defectos de un discurso *sobre* la realidad social como tal; 2) que la retórica no es algo epifenoménico respecto de una estructura conceptual autodefinida, ya que ninguna estructura conceptual encuentra su cohesión interna sin apelar a recursos retóricos. Si esto fuera así, la conclusión sería que el populismo es la vía real para comprender algo relativo a la construcción ontológica de lo político como tal.”²¹

A través de toda la obra que comentamos está presente el supuesto de que cualquier objetividad gira en torno a una construcción discursiva, no por su relación inmediata con el lenguaje hablado o escrito, sino como relaciones que definen el carácter ontológico de lo real objetivo, es decir, por la relación que se establece entre elementos de cualquier conjunto significativo, sugerido inicialmente desde la lingüística pero que es aplicable, igualmente, a la articulación social. Las relaciones sociales en general, y las políticas en particular, siguen mecanismos significativos que pueden rastrearse tanto en los fenómenos discursivos como en las propuestas teóricas del psicoanálisis sobre la dinámica libidinal relativa a la constitución de la subjetividad y las relaciones colectivas. Laclau suscribe una concepción de relación que intenta superar a otras concepciones ontológicas contemporáneas como la de Alain Badiou, donde la extensionalidad de los conjuntos omite la idea de relación, o las lógicas funcionalistas, donde la asignación de función a las partes del todo supone funciones predeterminadas teleológicamente de un todo dado de antemano. Laclau, en cambio, parte de una unidad siempre incompleta,

inevitablemente vinculada a un “exceso” no conceptualizable que en su teoría es una condición de posibilidad de la transformación social, tal como lo explica en el párrafo sobre la heterogeneidad radical de los “desclasados”. La unidad es indeterminada debido a que es un resultado imprevisible de unas partes cuya función se define en la relación misma. Igualmente, en las perspectivas estructuralistas clásicas, como la de Lévi-Strauss, donde la teleología está ausente, el todo adquiere unidad en las categorías básicas del entendimiento reduciendo toda posibilidad a una combinación de elementos cuyas oposiciones estarían dadas de antemano. En Laclau no hay ninguna lógica anterior a la relación misma y sus oposiciones, el pueblo como horizonte ontológico político se estructura siempre de modo contingente y su teoría, por lo tanto, sólo señala tendencias lo bastante abiertas como para no atribuirle de antemano ni una teleología ni funciones predeterminadas a sus partes, ni un cálculo semántico meramente extensional. Para Laclau no existe nada previo al juego de las diferencias, el papel que juega cualquier elemento en el todo sólo se define en el juego mismo de las diferencias.

Así, introduce la noción de significativo vacío como estrategia didáctica aunque este concepto es más preciso cuando se define como un significativo flotante, que comprende cadenas equivalenciales también cambiantes, evitando un predominio ya sea de la diferencia radical, como demandas democráticas,²² o de la homogeneidad radical, como una supuesta masa acrítica que renuncia a su identidad. Tal como lo explica el autor:

Cada una de estas demandas en su particularidad es diferente de todas las otras. Sin embargo, todas ellas son equivalentes entre sí en su oposición común al régimen opresivo. Esto, como hemos visto, conduce a que cada una de las demandas intervenga y se convierta en el significativo de toda la cadena –un significativo tendencialmente vacío-. Pero todo el modelo depende de la presencia de una frontera dicotómica: sin ella, la

²¹ *Ibidem.*, p. 91.

²² Las demandas democráticas son consideradas en cuanto a que son aisladas; puesto que no se han integrado a una cadena equivalencial antagonica desde una totalidad ausente, son demandas dentro del sistema hegemónico.

relación equivalencial se derrumbaría y la identidad de cada demanda se extinguiría en su particularidad diferencial.²³

Tal explicación acerca del significante vacío es un primer paso, un recurso heurístico que, sin embargo, debe ser completado, según la propuesta teórica, por la noción de significante flotante sobre el supuesto de una heterogeneidad social radical. Es en este punto donde, a mi juicio, reside la riqueza del aporte filosófico de Laclau, porque constituye el punto clave de la articulación entre lo estrictamente conceptual y lo dinámico histórico y concreto, imprescindible para un marco teórico que pretende explicar lo político en su carácter contingente. El autor introduce la idea de significante vacío con el siguiente comentario:

Sin embargo, ¿qué ocurre si la frontera dicotómica, sin desaparecer, se desdibuja como resultado de que el régimen opresivo se vuelve él mismo hegemónico, es decir, intenta interrumpir la cadena equivalencial del campo popular mediante una cadena equivalencial alternativa, en la cual algunas de las demandas populares son articuladas con eslabones totalmente diferentes (por ejemplo, como veremos en un momento, la defensa del “hombre humilde” (*small man*) contra el poder deja de asociarse a un discurso de izquierda, como en el *New Deal* estadounidense, y comienza a vincularse con la “mayoría moral”? En ese caso, las mismas demandas democráticas reciben la autonomía de los significantes populares diferente de la que hemos considerado hasta ahora. La cuestión ya no radica en que el particularismo de la demanda se vuelve equivalencial, sino en que su sentido permanece indeciso entre fronteras equivalenciales alternativas. A los significantes cuyo sentido está “suspendido” de este modo los denominaremos significantes flotantes.²⁴

La autonomización de las demandas, más allá de cierto punto, conduciría a la lógica pura de las diferencias y la ruptura de las cadenas equivalenciales. De igual manera, la

homogeneización de las demandas, es decir, su subordinación a un único referente, que se le suele atribuir a todo populismo, transformaría los significantes populares en algo desligado de la realidad y las necesidades concretas; no se aplicaría ya a las demandas democráticas.

Los distintos elementos forman un todo armónico en esta teoría sobre la razón populista. Tanto lo institucional como lo democrático, el individualismo o la marginación social radical pueden ser integrados en una misma lógica que explica cada elemento y halla fundamento en la relación entre todos esos elementos. La necesidad de concebir un elemento exterior al sistema lleva a Laclau a considerar como crucial el papel de los marginados sociales. Estos no pueden ser definidos por el lugar que ocupan en el antagonismo social ya que son exteriores al sistema y es por esto que juegan un papel indispensable en la representación simbólica de la transformación social. Las cadenas equivalenciales están ligadas a significantes flotantes como desplazamiento de las fronteras internas en una heterogeneidad constitutiva que hace inteligible la articulación política. En los hechos no se da tampoco un flotamiento permanente sino que se producen fijaciones parciales en las identidades políticas, que se explican más claramente según la lógica del significante vacío tal como Laclau lo expone en el capítulo 4.

Como la relación equivalencial no elimina el carácter particular de cada demanda, tampoco es suficiente ligar tales demandas sólo en virtud de su insatisfacción. Esto puede ocasionar que una de las demandas no se incorpore a la cadena por entrar en contradicción con la misma. En este punto Laclau incluye a la turba o lumpen como elemento exterior a la sociedad, de una exterioridad radical que sin embargo explica la posibilidad de esa transformación histórica, y hace una descripción, desde Hegel hasta Marx, acerca del papel del *pöbel* (vulgo), lumpenproletariado o plebe. En este sentido, el autor explica que:

²³ *Ibidem.*, p. 165.

²⁴ *Ibidem.*

En el nivel conceptual, “trabajador” significa sólo “vendedor de fuerza de trabajo”. En ese caso, sin embargo, no podemos definir ningún tipo de antagonismo... Esto significa que el antagonismo no es inherente a las relaciones de producción sino que se plantea entre las relaciones de producción y una identidad que es externa a ellas. Ergo, en los antagonismos sociales nos vemos confrontados con una heterogeneidad que no es dialécticamente recuperable (...)

(...)El antagonismo presupone la heterogeneidad porque la resistencia de la fuerza antagonizada no puede derivarse lógicamente de la forma de la fuerza antagonizante. Esto sólo puede significar que los puntos de resistencia a la fuerza antagonizante siempre van a ser externos a ella. Por lo tanto, no hay puntos privilegiados de ruptura y disputa a priori; los puntos antagónicos particularmente intensos sólo pueden ser establecidos contextualmente y nunca deducidos de la lógica interna de ninguna de las dos fuerzas enfrentadas tomadas en forma aislada. En términos prácticos – volviendo a nuestro ejemplo anterior-, no hay motivo para que las luchas que tienen lugar dentro de las relaciones de producción deban ser puntos privilegiados de una lucha global anticapitalista.

En la exposición sobre el significante flotante, Laclau muestra que la complejidad de la dinámica social lleva a considerar, no un antagonismo simple y estático, sino un juego de contradicciones que es a su vez fluctuante en el sistema simbólico existente debido a que el devenir social no se explica sólo por las relaciones lógicas entre sus componentes sino que implica también una heterogeneidad que escapa siempre a la captación conceptual en un exceso inaprehensible por medios simbólicos.

El significante vacío es una condición de inteligibilidad de ese juego de identidades diferenciales en que no existe nada externo a ese conjunto heterogéneo, pues no hay, en tal estructura, un núcleo dado a priori. Para que esto sea posible se requiere que el exterior no sea un elemento neutral sino una parte del mismo conjunto aunque excluida. Si lo que está en juego es el conjunto total de

diferencias que operan no se puede tomar una diferencia externa a ese todo. Tal diferencia debe ser común en cuanto al rechazo de una identidad excluida, pero esta identidad debe ser vacía para no ser una diferencia más, que no podría estar fuera del conjunto de diferencias. Este principio es similar a una especie de demonización de un sector de la población por la que una sociedad alcanza su propia cohesión. Ahora bien, como las otras diferencias se vuelven equivalentes entre sí en tanto rechazo a la identidad excluida, lo que se tiene es una totalidad fallida, una plenitud inalcanzable, ausente. La totalidad sólo aparece como ausente porque la tensión entre equivalencia y diferencia es insuperable, aunque es necesario significar una identidad a partir de una totalidad ausente. Es por esto que no existen medios conceptuales para aprehender cabalmente tal objeto. La representación es más amplia que la comprensión conceptual porque tiene como únicos medios las diferencias particulares. Es por ello que una diferencia, sin dejar de ser particular asume la representación de una totalidad inconmensurable o, en otras palabras, “esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es lo que denominamos *hegemonía*.”²⁵ Esta investidura que asume una parte no resulta determinable a priori y es por eso que los juegos de significación en los que se desenvuelve no se limitan a la aprehensión conceptual pura y la dimensión afectiva juega un rol central.

Laclau muestra, en tal sentido algunos elementos retóricos que tienen lugar en esta “producción discursiva del vacío” que hace posible la construcción de una identidad social, donde el término literal es sustituido por otro figurativo. Catacrisis (metáfora que consiste en emplear una palabra con sentido diferente al original para designar algo que carece de nombre especial): la pata de una silla. La operación hegemónica será catacrética, como lo es la construcción política del pueblo. La sinécdoque, en que la parte representa al todo, cumple una función ontológica especial más allá de la

²⁵ *Ibidem.*, p.95.

metáfora o la metonimia.

Nota final

Como el papel que cumple una particularidad de representar el todo no está establecida por ninguna “transición lógica, dialéctica o semiótica de un nivel a otro”,²⁶ la elección del significante vacío y, asimismo, en su modalidad de significante flotante, depende de factores afectivos, de modo similar a lo que ocurre con la nominación y también en la función metafórica del lenguaje. Laclau le llama a este mecanismo de nominación “investidura radical” y en él recoge el aporte lacaniano con respecto a lo simbólico, que está muy presente también en la obra del filósofo yugoslavo-francés Slavoj Žižek. En este punto de la argumentación aparece claramente el fondo de la filosofía de Laclau cuando explica que:

Las diferentes operaciones de significación a las que nos hemos referido ahora pueden explicar las *formas* que adopta la investidura, pero no la fuerza en que la investidura consiste. No obstante, está claro que si una entidad se convierte en el objeto de una investidura – como estar enamorado u odiar-, la investidura pertenece necesariamente al orden del *afecto*.²⁷

El autor afirma una vez más la necesidad de un “exceso” inaprensible que debe ser articulado con una caracterización conceptual si es que se pretende dar cuenta del dinamismo histórico concreto. Es esto lo que lo lleva a afirmar que “los complejos que denominamos “formaciones discursivas hegemónicas”, que articulan las lógicas de la diferencia y de la equivalencia, serían inteligibles sin el componente afectivo”.²⁸ De este modo, muestra por qué las concepciones sobre la noción de pueblo que le otorgan a éste un carácter preeminente irracional no logran integrar un análisis del pueblo como categoría política legítima, puesto que Laclau lo logra gracias a que incluye el nivel afectivo como parte de su esquema ontológico discursivo.

Este es el juego que se da en la articulación

de pluralidades de demandas, democráticas o populares, donde se juegan las cadenas equivalenciales y la irreductible heterogeneidad, que debe ser representada o totalizada señalando la falta misma de totalidad en el significante vacío, una parte que hegemónicamente representa al todo, y el significante flotante en la relación antagónica que forma su frontera. Estas demandas que no pueden ser absorbidas por el sistema dado son diferentes entre sí, por lo que constituyen una cadena equivalencial en tanto demandas insatisfechas pero que, a la vez, no pueden ser representadas por una unidad, ya que son distintas y como se verá posteriormente, incluso contradictorias entre sí. La demanda que permanece aislada es democrática, y la pluralidad de demandas articuladas equivalencialmente son demandas populares, que es como se construye el pueblo como nuevo actor histórico, donde el antagonismo ya no se refiere exclusivamente a la relación entre pueblo y poder sino que se mueve en distintas direcciones.

La importancia de discutir nuevos esquemas conceptuales desde los cuales sea posible abordar el estudio de los nuevos movimientos sociales en la globalización, así como la formación de lo social tiene que ver, según Laclau, con la definición de lo político como tal o “a secas” (*tout court*), tomando en cuenta que se trata de un campo dinámico en el que no se puede o, incluso no se debería, establecer una determinación conceptual a priori.

Bibliografía

Buci-Glucksmann, Christine, Gramsci y el Estado (hacia una teoría materialista de la filosofía), México, Siglo XXI, 1988.

Cunningham, Frank, Theory of democracy. A critical introduction, London, Routledge, 2002.

De Sousa Santos, Boaventura (Coord), *Democratizar la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Dussel, Enrique, *Ética de la liberación*, Madrid, Trotta, 1998.

²⁶ *Ibidem.*, p. 142.

²⁷ *Ibidem*

²⁸ *Ibidem.*, p. 143.

Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

Laclau, Ernesto, *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Rauber, Isabel, *Movimientos sociales y representación política*, Santo Domingo, Edición digital para Rebelión, traducción de Darío Machado. 94 pp.

Taylor, Charles, *Multiculturalism*, New Jersey, Princeton University Press, 1994.

Touraine, Alan, *Producción de la Sociedad*, México, UNAM-IFAL, 1995.

Freud, Sigmund, *Psicología de masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.